

CAPITULO XLIV.

Propónense á los jóvenes otros motivos para seguir el camino de la virtud: quan necesaria es la de la fortaleza, y medios para perseverar en ella.

§. I.

Ademas de los estímulos del honor, de que ya hemos hablado, se han de dar á los jóvenes otras lecciones muy importantes, y especialmente quando han llegado ya á aquella edad en que van dexando las puerilidades, y diversiones de la niñez, y va adelantándose la luz de la razon: lecciones que ciertamente conviene el repetírselas, y estampárselas en el ánimo, como que deben conspirar todas á su mayor aprovechamiento, infundiéndole amor á la virtud, y horror al vicio. Séame, pues, lícito el recapitular aquí, y repetir de nuevo quanto arriba dexamos dicho: esto es, al corazon de los mancebos se ha de dar el principal asalto con las armas del amor propio, que es el resorte primero por quien se mueve el corazon humano. Este que es el que hace incurrir á los hombres en los defectos mas lamentables, este mismo es el que debe servir para contenerlos en su deber, y conducirlos por el camino recto del bien obrar. Conviene, pues, representar al entendimiento de los jóvenes, que es para ellos el interes mas ventajoso al abrazar la virtud, y alejarse del vicio, y del pecado. Preguntad á un mancebo si dentro de sí mismo siente un deseo de ser en esta vida feliz, y dichoso quanto sea posible, y despues eternamente en la otra: sin dudar, ni detenerse responderá que sí. Preguntadle (y lo mismo á todos) si desean evitar quanto les sea posible las infelicidades, y males de esta presente vida, y mucho
mas

mas los de la otra: todos á una voz responderán que sí. Proseguid preguntádoles qual de estas dos cosas les parece mejor, ó qual de las dos se debe escoger; esto es, el obrar sabia, y prudentemente, ó como necios ignorantes: si ellos no son locos, responderán, que debe elegirse lo primero, y despreciarse lo segundo. Por conclusion, pues, se les debe persuadir, que si desean, y quieren que el Señor, que es el Dueño de todo, los ame, y ayude, y les haga bien, y que los demas hombres, por lo menos los sabios, y prudentes, los amen, y estimen, no hay otro medio mas seguro para lograr todo esto, que el de amar, y practicar la virtud, y aborrecer el vicio. Aquí conviene primeramente acordar los grandes privilegios que goza en la tierra, y los inexplicables que gozará en el Cielo el que con todo su esfuerzo, y poder corre por el camino derecho de la virtud, y tiene constante aversion á las sendas del vicio, é iniquidad. El amar, servir, y alabar á Dios, el inquirir qual sea su santísima voluntad, el tener por objeto de su meditacion aquel purísimo, y beatísimo ser, todo es ciertamente un manantial copiosísimo de alegría, una fuente perenne de paz interior, haciendo despues lo que agrada al Señor, y huyendo de quanto le puede desagradar: ¿Qué gozo, qué consuelo mayor puede haber que el saber que de este modo se agrada á un Dios, que tanto bien puede hacernos en la tierra, y que tan inexplicables eternas delicias tiene preparadas para los buenos en la gloria? Esta sola reflexión, aun quando las desgracias, y adversidades de este mundo se conjurasen contra los buenos, debería bastar para tranquilizar, y sosegar su corazon. No puede explicarse la suavidad de aquel hermoso rocío que se esparce en el ánimo de los buenos, quando ponen toda su esperanza en aquel Señor que los anima, y sustenta en esta vida, y les franqueará mayores bienes en la eterna. Tienen siempre delante de los ojos del alma aquel delicioso Paraíso, Patria, y centro de todos los gozos, que la magnificencia del Omnipotente

te Rey de los Reyes ha fabricado para sus amigos. A este dichoso Reyno se dirigen las ansias, y suspiros de los buenos, y fieles siervos de Dios, sabiendo estos por la Fe, que el Todopoderoso lo tiene destinado para ellos, no para los infieles, y perversos: Si se llega á conseguir esta felicidad, serán bien empleados quantos trabajos, y fatigas se hayan tolerado para alcanzarla. Al contrario, será no solamente temeridad, mas también una extravagante locura la del hombre, criatura vil, y miserable, si queriendo contravenir á las Leyes del Criador, no temiese los castigos con que amenaza á los que menosprecian, y quebrantan su Santa Ley, y que sabe ponerlos en execucion. Los buenos, que tan cordialmente aman, y reverencian á su buen Padre, que está en los Cielos, temen como hijos el disgustarlo: ¿pues quanto más deberá temerlo el que se rebela contra sus santos preceptos? Es verdad que el temor de los buenos no les causa terror, ni inquietud, ántes le acompaña una inexplicable alegría, sabiendo bien que aquellos castigos tan terribles no están decretados para los hijos, y siervos fieles, que aman de corazón á su buen Padre, y están firmemente resueltos á perderlo todo en este mundo ántes que ofenderle, y dexar de amarle. Por tanto el temor de estos se termina solamente en sí mismos; esto es, mira á su propia flaqueza, y miseria; pero no se rezelan, ni temen que les falten los auxilios de parte de aquel Señor, que es infinitamente bueno, y está pronto para cuidar, y sostener á sus fieles siervos en esta vida, y premiarlos, como puede, y lo hace en la otra. Por lo que si nos preciamos de ser verdaderos Christianos, y deseamos de corazón el llegar al término, y posesion de aquellos inmensos eternos bienes, conviene necesariamente el que andemos por el camino derecho de las virtudes. No hay, pues, que detenernos, porque el que duda en resolverse, ó lo difiere de hoy á mañana, se pone á peligro de perderlo todo, pues no es Señor de su vida, ni del tiempo.

§. II.

§. II.

Conviene lo segundo á todo el que desea obrar como sabio, y prudente en esta vida el que se proponga como por muestra, y modelo la belleza de la virtud, y la fealdad del vicio, para hacérsela conocer á los jóvenes quanto le sea posible. Bien se yo que este argumento es sutil, y delicado, y que las personas que no están acostumbradas á estas sutilezas difícilmente llegan á gustarlas. Aun con mayor dificultad las entienden aquellos celebros rústicos, sumergidos, y ocupados en todo lo que es material, sin poderlos sacar de aquí, á los quales bien se les puede decir una, y muchas veces, y aun probarles, que las virtudes son capaces de enamorar con su belleza á quien las ama, y practica, y al contrario que son feos, y abominables los vicios: podrá muy bien repetírseles esta leccion á estos, pero se perderá el tiempo, y el trabajo; porque esta hermosura, y esta fealdad, como nociones, ó predicados metafísicos, que no se sujetan á la jurisdiccion de los sentidos, no causarán efecto alguno en aquellos entendimientos, que quando mas saben distinguir la hermosura, y fealdad material. Por lo que siempre que se les quiera instruir sobre el buen orden en que consiste la virtud; esto es, que las cosas virtuosas van siempre bien ordenadas, y por el contrario, que el desórden sigue, ó es el vicio mismo, todas estas instrucciones, decia, llegarán á sus oidos, pero no pasarán á su entendimiento, ni percibirán el verdadero sentido. No obstante esto, es tan hermosa la virtud, que aun viéndola en otros parece bien; pero la conoce mejor, y la estima el que con mayor reflexion la considera. Preguntado Aristóteles en cierta ocasion, qué utilidad, qué ganancia le acarrearía la Filosofía, respondió: *La de obrar bien con gusto, y buena voluntad, y no forzado, y como obligado por las leyes, como lo hacen los malos, y perversos.* Dichosos, pues, aquellos mancebos, que desde lue-

V4

go

go comienzan á obrar bien por amor á la virtud, y porque así se lo dicta su conciencia, y no quieren ser del número de aquellos, de quienes escribió Publio Mimo: *Plerique famam, pauci conscientiam verentur*. Muchos, dice, se abstienen de obrar mal, mas por miedo de perder su fama, que por conformarse con su propia conciencia. El que supiese valerse bien del método de Sócrates, que con tanto acierto manifestó á la posteridad el gran Platon, podrá llevar como por la mano el genial cerebro de los mancebos para que sepan distinguir, y conocer la hermosura de la virtud, y la fealdad del vicio. Ademas de esto se debe descender á los particulares, presentándoles una por una las acciones de otros hombres, ya las buenas, ya las malas, haciendo que las consideren atentamente, y se verá como los mismos jóvenes las declararán, ó buenas, y dignas de imitarse, ó malas, é impropias de criaturas racionales, y solamente propias de bestias. De hecho, dos castas de hombres suelen hallarse en el mundo: la una á quienes podemos llamar bestias, y la otra á quienes es lícito llamar mas que bestias. Grande infelicidad por cierto la de aquellos de quienes los Poetas nos han dexado graciosos retratos, representándonos hombres que por sus vicios se equivocaron con los osos, con las serpientes, con los lobos, con las zorras, con los perros, con los puercos, y otras especies de animales inmundos, crueles, astutos, y libidinosos. De estos hombres inhumanos, ó transformados hay abundante cosecha en nuestros tiempos, y nosotros tratamos con ellos familiarmente muchas veces, porque no podemos excusar su trato. Es verdad que no tienen el hccico, la piel, ni los pies de bestias; pero que importa quando tienen las demas qualidades, inclinaciones, y acciones? Lo peor de todo es, que estas bestias vestidas de hombres, estas bestias de dos pies, ordinariamente no se conocen á sí propios; esto es, no perciben su miserable transformacion, y por tanto, ó se enoñan, ó se rien quando alguno intenta manifestarles el de-

plo-

plorable estado, en que se hallan, complaciéndose ellos en él, y no juzgándolo por tan impropio, y ageno de la nobleza de la naturaleza humana. Pero ya que estos infelices no quieren conocerse, convendrá mucho el mostrárselos con el dedo á los jovencitos, para que aprendan á conocerlos, aborrecerlos, y evitarlos. Hágaseles ver por exemplo la embriaguez con todos aquellos efectos que ordinariamente suelen verse en un hombre borracho, el qual, ó hace reir á los otros, ó habla muchos desatinos, ó queda como tonto, y sin sentidos, ó juega malamente de las manos. Aun sin haber visto este monstruo, causará horror á un mancebo juicioso, y sin fatigar mucho su discurso, inferirá de sus obras que aquel no es hombre, sino peor que una bestia. Pregúntesele tambien á un joven, que juicio haria de un amo, que por faltas muy leves da indiscretamente muchos palos á sus criados: de una madre, que castiga á un niño de teta solamente porque llora: de un padre, que por amontonar hacienda, ó por no menguar su bolsa mata de hambre á su muger, sus hijos, y demas familia. Al punto exclamará que todo lo referido es una crueldad, y una accion indigna; y aunque no sepa dar la razon esencial, su propio juicio le dictará, que semejantes acciones no pueden ser buenas, sino malas, y perversas. El mismo juicio hará sobre lo substancial, digamoslo así, de otros muchos excesos en que incurre la humana soberbia, la ira, la lascivia, la intemperancia, el demasiado apetito de hacienda, de honra, y de otras muchas desarregladas pasiones, que freqüentemente arrastran á los hombres. He dicho lo substancial, porque para juzgar de la numerosa caterva de los pecados, y vicios mas comunes, y de las circunstancias que pueden hacer á una accion lícita, ó ilícita, no se halla por lo comun suficiente capacidad en los ingenios tiernos, y todavia ignorantes. Pero tomando los vicios, y pecados en comun, es muy cierto, que así los jóvenes, como los ya hombres ignorantes, y rudos, pueden conocer su deformidad, porque todos re-

ci-

ciben de Dios un conocimiento interior, con el qual pueden sin dificultad reconocerlos como excesos desordenados, abominables, y contrarios á la ley, y á la recta razon. He dicho ya que para inclinar á los jóvenes al amor de la virtud, y al aborrecimiento del vicio, es un medio muy oportuno el acostumbrarlos con tiempo á juzgar, y discernir lo que es bueno, ó malo, lo que es vituperable, ó laudable en las acciones de los hombres. Bueno es el enseñarlos el latin, y el griego; pero al mismo tiempo se les debe preguntar de quando en quando qué juicio hacen ellos de tales, y tales acciones, de tales, y tales máximas, y hacerles que den la razon por que condenan estas, y aprueban aquellas. Tambien es necesario informar su juicio, enseñándoles á distinguir, aun en los hombres grandes, lo que es vicio, y defecto, para que aprendan á no confundir el vicio con la virtud, y á no admirar con juicio errado lo que en la realidad merece desprecio. Gran ventaja, y ganancia es para un joven el saber juzgar bien de las cosas, sin esperar á que la vejez le enseñe esta ciencia. Y siendo cierto que á todos conviene el tener, y conservar su propia salud, que entre los bienes temporales, es uno de los mayores, y mas apreciables, debe tambien ser este estímulo uno de los que se propongan á los mancebos, haciéndoles ver, que así como la intemperancia, la impudicia, y otras poderosas pasiones pueden, y suelen por lo comun menoscabar, ó destruir la salud, así la vida quieta, y virtuosa contribuye mucho á mantenerla. Supuesto que un joven desee sinceramente obrar con prudencia, y tener una vida arreglada los pocos dias que ha de ser morador de esta tierra, cosa cierta es que con tiempo debe acostumbrarse á huir todo quanto sea ilícito, y á estar lejos de los peligros, y ocasiones que le pueden inducir á obrar mal. Qualquiera que tenga un poco de juicio no puede menos de conocer, que así como no conviene á una criatura á quien el Señor ha ensalzado á la clase de racional, el

dexarse transportar fuera del camino de la razon, así tambien seria una especie de locura el querer extraviarse, y enloquecer un joven desde sus primeros años, con la intencion de retirarse á bien vivir en los años de su ancianidad. No hay tiempo alguno en que nuestro Dios no quiera ser obedecido, y servido; y de consiguiente en que nosotros no debamos vivir como criaturas racionales, capaces de obedecerle, y dispuestos á servirle, y amarle. Si fueres sabio (dice el Espíritu Santo en los Proverbios) lo serás para tu provecho; pero si te engañas, tú solo pagarás la pena. *Si sapiens fueris, tibi metipsi eris; si autem illusor, solus portabis malum.* Repitiendo á los jóvenes oportunamente estas verdades, y especialmente quando no han comenzado á viciarse, se debe esperar que produzcan buenos efectos para lo sucesivo.

§. III.

Conviene en tercer lugar acordarse, que *teneros animos aliena opprobria saepe absterrent vitiiis*; esto es, que para lograr que los jóvenes se aparten de los vicios, muchas veces bastará el hacerles ver el opprobrio que causan en otros. Por tanto, quando algun mancebo confiesa, y manifiesta deseos de ser estimado, y alabado de los hombres, se necesita poco para hacerle ver, y tocar como con la mano, que el único camino por donde puede conseguir esta felicidad es el de la virtud. Al contrario, si quiere cargar con el descrédito, con el odio, y desprecio universal, bastará que se dexé conocer por persona viciosa, y de una vida estragada. Si los Grandes Señores, y los nobles, que por andar por lo comun rodeados de lisonjeros, son tenidos entre estos por buenos, y virtuosos, aun quando hacen lo que no deben, tengan por cierto, que les está preparada una repulsa, y desaprobacion del público, que no dexa de ser justa, aun quando sea oculta, y secreta. Pero amando qualquiera, y especialmente los Grandes Señores la gloria,

y alabanza, ¿como se avendrá un deseo tan bueno, justo, y laudable con obrar despues lo que solamente es iniquo, y vituperable? Y si deseamos tambien conservar nuestra fortuna en la tierra, y guiar bien nuestros negocios, ¿quien no ve que aun para esto sirven mejor las virtudes que los vicios? El hallarse un hombre bien conceptuado, y tenido por justo, fiel, y sincero en el trato comun de los otros hombres, es una gran recomendacion para que todos sus tráficos, y negocios le salgan bien, para adquirir buenos amigos, y abrirse camino á los empleos honoríficos, lo que no sucede tan fácilmente á los malos.

§. IV.

Finalmente, si los jóvenes manifestasen verdaderos deseos de pasarlo bien en este mundo, esto es, de vivir alegres, cómodos, y tranquilos, en una palabra, de ser felices sobre la tierra, vean el único camino para llegar á este término: este es el practicar los documentos de la mejor Filosofía, obrando siempre el bien, y huyendo constantemente del mal. Ha dispuesto, y formado nuestro Dios de tal manera sus Santas Leyes, que qualquiera que las sigue, y no quiera otra cosa que aquello que la razon quiere, sea querido, y favorecido de los demas hombres. El aquietar los apetitos desordenados, y refrenar las propias pasiones, este es el gran secreto para conseguir la quietud del ánimo. No puede dudarse que los buenos experimentan sus contratiempos, y tempestades en este mundo; pero no experimentan aquel gusano de la conciencia de haber ellos sido la causa. Las sienten, pero mucho menos que los malos, porque el hombre interior está siempre conforme con la voluntad de Dios, considerando que los trabajos, y tribulaciones vienen de la mano de aquel buen Padre, que se las envía para su mayor bien por convenirles así. Por lo qual, aunque por defuera se vean agitados, y atribulados, no dexan por eso de probar en su interior una in-

inexplicable tranquilidad, como premio de su humildad, y resignación: pero á los malos no sucede así. Por lo que comunmente puede decirse con verdad: *Que el hombre bueno, y virtuoso se balla mas quieto, y tranquilo en sus trabajos, y tribulaciones, que el vicioso en sus deliciosas prosperidades.* Obsérvese con atencion la vida de los buenos, y sabios, y cotéjese con la de los malos, y se verá como por regla general, que los buenos son únicamente los que en el mundo suelen gozar una alegría interior, libre de todas aquellas tempestuosas agitaciones que acompañan de ordinario la desarreglada vida de los perversos: solamente los buenos son participantes de aquella felicidad que puede esperarse en un país que no es la patria de la felicidad. El mundo es por lo comun injusto en sus juicios; pero con todo no puede dexar de pagar un justo tributo: á los buenos, y virtuosos todos los aman, todos los aprecian. Aun los mismos viciosos, que no tienen, ó no quieren tener la virtud en sí mismos, la estiman; y la veneran comunmente en los otros. Querrán que sus hijos sean obedientes, y que sigan el camino de las virtudes, y que sean diversos de sus mismos padres. Querrán una muger que sea muy delicada, y escrupulosa en materia de honestidad. Querrán criados sufridos, y humildes, mayordomos fieles, artífices que no sean ladrones, Eclesiásticos, y Religiosos santos, y así de las demas clases. Aparecen los malos verdaderamente felices en el mundo; pero por justo juicio de Dios no es verdadera, firme, ni durable muchas veces su felicidad. Por lo menos si no hay otra cosa, es por lo comun atormentada, y despedazada por aquellos continuos temores, y remordimiento de conciencia; y de aquel molesto tumulto de sus villanas pasiones, que son la causa de sus iniquidades; y si no antes, por lo menos al fin de su vida. ¡O quanto se angustiarán estos infelices por haber vivido como irracionales! Fuera de que las acciones de los malos simbolizan con las del fuego, que no puede estar oculto con el tiempo; y luego que

que se descubren son castigadas, ó por la justicia, ó por el Príncipe, ó por el descrédito común de los hombres. A ningún hombre juicioso le vienen deseos de probar en sí mismo si son, ó no útiles, y gustosos los vicios: bastará que observe en otros sus malos efectos. En casa agena se podrá observar la intemperancia de la gula, y si esta con la desarreglada luxuria, y otras pasiones de esta casta son mas conducentes para conservar la salud perfecta, que una vida sobria, y casta: si la picardía, la injusticia, el engaño, la mentira, el lujo, la venganza, son mas á propósito para aumentar la hacienda que la sinceridad, la honradez, la moderacion, y la buena fé en los contratos: si se ganan mas amigos, y mayor reputacion con la ingratitude, con la soberbia, con la incivilidad, con la crueldad, é impaciencia, con todos los demas vicios, para decirlo en una palabra, que con la practica de la humildad, de la mansedumbre, de la cortesía, de la caridad, y qualquiera otra virtud. Es tambien una verdad constante, que la mayor parte de las incomodidades que trae consigo la vejez, tiene su origen del desarreglo de la juventud. Por tanto uno de los mayores intereses que en este mundo podemos lograr, consiste en seguir el camino de la virtud.

§. V.

Formado, y establecido en el entendimiento de los jóvenes este conocimiento diseretivo de lo bueno, y lo mejor, y esta feliz resolucion de alistarse en la milicia de las virtudes, y de huir de todo vicio que les sea contrario, es necesario hacerlos saber, que para conservar la virtud se necesita del socorro de otra particular, que viene á ser de la misma especie de aquella que se llama fortaleza, y constancia. Si falta esta en todas las empresas arduas, y difíciles, aun aquel edificio bien zanjado presto dará en el suelo. No puede negarse que la navegacion por el inconstante mar de este mundo está ex-

pues-

puesta á mil naufragios: son tantos, y tan fuertes los vientos de las tentaciones, tantos los escollos de errores, que la pobre alma, caminando hácia la eternidad, á cada paso se le presenta un peligro. Pero así como el Mercader, y el Piloto con la esperanza de lograr riquezas, y al mismo tiempo resuelto á procurárselas, suelta animosamente las velas, entregándose al inconstante elemento, sin que le aterren las fieras tempestades, que son allí tan frecuentes; así el hombre sabio se arma de valor, y constancia para resistir á la concupiscencia, y no apartarse un punto del camino de la virtud, que se ha propuesto seguir, esforzándose mas, y mas, quando sabe de cierto, que el mas diestro Piloto puede padecer naufragio contra su voluntad por el ímpetu furioso de los vientos, que no puede evitar, y á que no puede resistir; pero el hombre sabio con los auxilios de Dios no será vencido de la tentacion, si no concurre con su libre voluntad. Venga, pues, la tentacion á representarle un bien, ó un deleyte ilícito, lisonjándole con que no se descubrirá, y podrá gozarlo á su salvo, porque no hay testigo alguno: entónces el bueno, y virtuoso dice en su corazón: *No te atrevas á hacer una cosa, que te avergonzarías si los hombres te viesen hacerla; y si los hombres no te ven, ¿por ventura no te está mirando Dios?* Así obra el sabio con fortaleza, y magnanimidad. Esta fortaleza tiene su origen de aquella máxima irrefragable, que se ha propuesto, y fixado el bueno en su corazón, de que todo quanto se opone á la razon, y á las leyes del Criador no es honesto, y se opone á nuestra felicidad, y á nuestro último fin.

§. VI.

Finalmente no debemos callar aquí una desgracia fatal. Es la voluntad del hombre tan voluble, é inconstante, está el entendimiento humano tan expuesto á los errores, y engaños, que no es tan fácil el prome-

ter-

terse aquella constancia, y firmeza perpetua, y heroica de nunca consentir á tentaciones perversas. Conoce hoy el sabio evidentemente quan apreciable, y laudable es la virtud, y al contrario quan feo, y aborrecible el vicio, y por tanto se enamora de aquella, y aborrece, y huye de este con toda presteza. Conoce tambien con evidencia, que el medio mas seguro, el camino mas cierto para gozar la tranquilidad del ánimo en este mundo, y para esperar una eterna felicidad en el otro, es únicamente el bien obrar segun la Ley santa de Dios, y con esta consideracion se determina valerosamente á no dexarse llevar por su voluntad á obrar contra su conciencia, y la santa Ley. Venga sobre mí, dice con resolucion, qualquier trabajo, la pobreza, la prision, y aun hasta la muerte misma, todo lo sufriré con resignacion ántes que cometer un pecado mortal. ¡Mas ay! que andando un poco mas adelante se levanta una fuerte passion, y ved aquí que los amigos, el mal exemplo de otros, una máxima bien ponderada, y exórnada con falsa eloqüencia, un placer, una crecida ganancia, dan en tierra con toda la constancia; porque, como hemos dicho muchas veces, la fantasía, ó la mente humana tiene por mas seguro, y apreciable un bien presente, sea el que fuere, que ciento que estén lejos, ó los considere futuros, lisonjeándose tal vez el ánimo de poder gozar unos, y otros, impeliendo fuertemente la fantasía, las pasiones, y el mismo cuerpo; de manera, que aquella torre de constancia, y fortaleza, que parecia tan firme, cae por tierra miserablemente. ¿Donde, pues, está ahora la hermosura de la virtud, y aquellas poderosas razones por las quales se habia movido el alma para tomar aquella noble resolucion de no apartarse jamas del camino de la virtud? ¿Son por ventura ahora las razones mismas que fueron entónces? Lo son ciertamente; pero conviene considerar, que no basta oirlas una sola vez: no basta una sola leccion de los consejos, razones, y buenas máximas de la sabiduría, ni bas-

basta el hacer una sola determinacion por bien fundada, y sabia que ella sea. Es necesario reforzar de quando en quando estos propósitos, meditar del mismo modo las máximas, y las razones, y confirmar aquellas primeras determinaciones. Aun los clavos bien fixados en la madera, ó en el hierro, si con el tiempo, ó con alguna violencia se afloxan, es preciso apretarlos, ó clavarlos de nuevo. Si alguno desde su tierna edad se hallase encerrado en un obscuro calabozo, sin haber jamas visto la luz del sol, quedaria pasmado, y atónito, quando siendo ya grande, y hallándose libre, viese los resplandores de ese hermoso Planeta, por cuya luz se hacen visibles todos los objetos, siendo por esto como el alma de este baxo mundo. Acostumbrado despues este hombre á ver todos los dias á este lucido Planeta, se iria disminuyendo poco á poco aquella admiracion que le causó la primera vista, hasta que con el tiempo hiciese poco caso, y ni aun le pasaria por la mente el reflexionar quan apreciable, y maravilloso es aquel inmenso globo de luz: otro tanto puede suceder con la idea bien concebida de la hermosura de la virtud, y deformidad del vicio, y de la importante necesidad de aborrecer este, y seguir aquella, quando esta idea no se renueva, y reimprime de quando en quando en el interno gabinete del alma, porque sin esta importantísima diligencia viene á enflaquecerse, y á borrarse finalmente aquella idea, y no tiene aquel vigor que tuvo quando movió á la voluntad para que tomase la buena resolucion de seguir únicamente el camino de la virtud. Conviene, pues, renovarla, y fortificarla de tiempo en tiempo, haciéndola revivir en la mente, y en el corazon. Para lograr este fin será utilísima la frecuente consideracion de lo mejor que ya se ha escogido: será utilísimo tambien el oír los que predicán la palabra de Dios, aun quando repitan lo que ya se sabe. De esta manera se renueva el espíritu, proponiéndose al entendimiento aquellas razones que le movieron para elegir lo bueno, y huir lo

malo. Debemos congratularnos los Christianos de estos tiempos, porque á ninguno, especialmente en las grandes poblaciones, faltan maestros que enseñen á bien vivir, para morir bien. Será tambien útil, y conveniente á este propósito el leer buenos libros, que sepan enseñar, y persuadir la direccion prudente, y christiana de las acciones humanas, huyendo como de un pestilencial contagio la leccion de los malos libros. Pero sobre todo es utilissima, y necesaria la oracion á Dios para que su Magestad por su bondad, y clemencia nos haga buenos si somos malos, y mejores si somos buenos. Nosotros, que de nuestra propia cosecha no tenemos mas que miseria, y corrupcion, que estamos en un continuo peligro de caer, y que no tenemos fuerzas para levantarnos, si con viva fe, y buenos deseos recurrimos á la fuente de todo el bien, no dexaremos de ser consolados, y acompañados de la verdadera sabiduría: en la peligrosa, aunque corta navegacion de esta vida, llegaremos mediante los socorros, y auxilios divinos á la tranquilidad de un seguro puerto. Con estos socorros se formará en nosotros aquella constancia que es necesaria para permanecer en el amor, y práctica de la virtud, ya que siempre debemos temer el deslizararnos hácia el mal por mas que estemos habituados á obrar el bien. No puede explicarse suficientemente la inconstancia, y volubilidad de los mortales. Lo que hoy tanto nos agrada, nos desagradará mañana. Por un año se entregará alguno á las obras de piedad, al estudio de las bellas letras, ó á otro mas provechoso, y en el año siguiente se dedicará todo á la holgazanería, y á los vicios. En fin cada día se halla en nuestra voluntad una irrefragable prueba de su inconstancia, por lo que tuvo razon Job en decir que el hombre no permanece en un estado firme, y constante: *Numquam in eodem statu permanet*. Muda el hombre por lo comun de ideas, deseos, y máximas al pasar de una edad á otra, siendo ordinariamente muy diversas las que tienen en la primavera de su juventud de las que

tie-

tiene en su avanzada edad. Muda he dicho; pero el mal está en que por lo comun se muda de mal en peor: si convalece de una enfermedad, cae en otra mayor: nunca se experimentan calmas en el borrascoso mar de esta vida: siempre lo agitan tempestades furiosas, por lo que dixo el Sabio, que no puede engañarse, que el hombre es muy semejante á la vanidad: *Homo vanitati similis factus est*; y por ser esto poco, todavía se añade la otra sentencia: *Universa vanitas omnis homo vivens*. Por tanto cada día experimentamos mas, y mas la necesidad que tenemos de recurrir continuamente al Señor, y de acordarnos á nosotros mismos, ó hacer que nos los acuerden otros los primeros principios, que son la hermosura, amabilidad, y utilidad de la virtud, como tambien tenemos necesidad de reparar muchas veces dentro de nosotros esta gran verdad, que la sabiduría, y felicidad del hombre consiste únicamente en tener por amigo á Dios; y el modo mas seguro para lograr tan grande bien es el amar la virtud por amor de Dios; y por agradar á su Divina Magestad.

X2

CO-